

Catalina de Oviedo y Murat III; lo que pudo ser y no fue.

Pablo Martín Asuero
(Instituto Cervantes de Estambul)

Con llegada al trono de Solimán el Magnífico en 1520 el imperio Otomano conocerá su máximo esplendor teniendo también un siglo de Oro que coincide con el nuestro. Así, mientras las tropas españolas permanecían en Italia y algunos enclaves del norte de África, las otomanas continuaban extendiendo sus fronteras en los dos frentes que tenían abiertos: el Mediterráneo y Europa central. A los españoles les afectaba más el primero, al tenerlos al otro lado de Alicante, en el segundo frente hacía tiempo que eran dueños de los Balcanes y amenazaban Hungría y Austria, solar de la monarquía de los Habsburgo. Es en este momento cuando los dos imperios se encuentran frente a frente (Martín Asuero 2010, 89-115).

En estas circunstancias Carlos I se vio herido y humillado en el corazón de Europa ya que las tropas de Solimán, tras haber tomado Belgrado, se adentraban en el continente, enfrentándose a las húngaras en la batalla de Mohács de 1526 en el que murió su cuñado, el rey Luis II, y perdieron Buda y Pest. El avance turco parecía imparable y tres años más tarde un ejército compuesto de 150.000 hombres, 300 piezas de artillería y 20.000 camellos asediaba Viena, defendida por austriacos, húngaros, españoles y alemanes (Kumrular 96-116). Los turcos se habían convertidos en el azote de la cristiandad, tanto para Austria como para Italia, al tenerlos al otro lado del Adriático.

En menos de un mes los turcos comenzaban el asedio de Viena (Sellés, 65) que no duró mucho ya que se retiraron en octubre, antes de que comenzaran los rigores del invierno. Sin embargo, Viena se convirtió en una ciudad de frontera entre el imperio de Carlos V y el de Solimán, cuyas tropas se acercaron a un centenar de kilómetros en 1532 sin entrar en combate, pero que en 1541 se apoderaron definitivamente de Hungría que permanecerá en el imperio Otomano hasta finales del siglo XVII teniendo que pagar el archiduque Fernando de Habsburgo un humillante tributo a la Sublime Puerta, el cual tuvo que ser firmado por el emperador.

Como solía suceder en esos casos la noticia del cerco y la posterior retirada se extendió por toda Europa, en ocasiones en forma de romances anónimos o en obras firmadas por autores muy conocidos como Lope de Vega en *El cerco de Viena*.

Por primera vez los españoles se unen a los esfuerzos del emperador contra el peligro otomano. De hecho, algunos de los miliares y cronistas que participaron en la defensa de Viena habían alcanzado anteriormente la gloria como Alfonso de Valdés, autor de una obra sobre el saco de Roma, Luís Vives que escribió *De Europa dissidis et bello turcico* o Juan Ginés de Sepúlveda con *Oratio ad Carolum Quintum ut bellum susciperet in Turcas* (Bolonia, 1529) y *Cohortatio ad Carolum V Impertatorem Invictissimum ut, facta cum Christianis pace, bellum suspiciat in Turcas*. (Amberes, 1535).

Para los españoles el azote del turco se hacía sentir sobremanera en el Mediterráneo, especialmente desde que un corsario otomano, Barbaros Hayrettin bajá, Barbarroja, fuera reconocido en 1519 como gobernador en Argel por Estambul (Toledo, 23), con el privilegio de poder reclutar soldados en Anatolia para poder así atacar a las naves españolas, proteger a los moriscos y llegar incluso a asolar las costas de Valencia en 1532, llevándose consigo miles de cautivos y derrotando a la flota de ocho galeras genovesas que Carlos V mandó contra él, de las cuales tan solo dos volvieron a buen puerto. Aunque Carlos V logró tomar la Goleta y Túnez, restaurando

en el trono al soberano Abasida e hizo un paseo triunfal por el Reino de Nápoles colmando de honores a su virrey, Don Pedro de Toledo, cuya flota había participado en la campaña de Túnez, poco después Barbarroja asoló Mahón en Menorca y tres años más tarde la liga cristiana compuesta de españoles, venecianos y las huestes del Papa Pablo III, fueron derrotados en Prevesa; tan sólo Malta, donde se habían refugiado los caballeros de San Juan, se salvó de caer en las manos de los turcos. Algunas de las ofensivas de los turcos han perdurado a través de las fiestas populares barrocas, como la celebrada en Pollensa (Mallorca) el 2 de agosto, que conmemora la victoria cristiana contra el corsario otomano Dragut, gracias a la intervención de la patrona de la villa la Mare de Déu dels Angels, en mayo de 1550.

El Mediterráneo se convierte así en un mar de cautivos, renegados, sefardíes, moriscos, espías y comerciantes (Sola); puesto que por mucho que los papas o los monarcas lo prohibiesen hubo intercambios comerciales entre Cataluña y las regencias berberiscas en los siglos de máximo enfrentamiento hispano-otomano (Martín Corrales). Mucha de la información recibida procedía de los cautivos que habían logrado liberarse y volver a España. Tampoco es de extrañar que Barbarroja tuviera agentes en el virreinato de Nápoles, su principal amenaza, o que los turcos organizaran de vez en cuando expediciones a las costas italianas o españolas para luego interrogar a los prisioneros. Todo ello está muy presente en *La gran sultana*, basta con mirar la lista de personajes que intervienen: dos renegados, Salec y Roberto; dos eunucos Mamí y Rustán; varios cautivos como Doña Catalina de Oviedo, su padre y Madrigal; el Embajador de Persia, dos moros, el Gran Turco, el Gran Cadi, cuatro bajáes un espía y dos judíos (Cervantes, 1999, 1001). Estos dos últimos sólo intervienen al principio de la obra cuando increpan a Madrigal y Andrea:

JUDIO

¡Ah perro!

¡El Dío te maldiga y te confunda!

¡[J]amás la libertad amada alcances!

ANDREA

Di: ¿por qué te maldicen estos tristes?

MADRIG.

Entré sin que me vieses en su asa,

y en una gran cazuela que tenía

de un guisado que llaman boronía,

les eché de tocino un gran pedazo. (Cervantes, 1999, 1006)

Los judíos de la capital otomana procedían en su gran mayoría de los expulsados de España en 1492, poco más de un siglo antes de la redacción de *La gran sultana*. El Imperio Otomano les acogió y formaron importantes comunidades en ciudades como Estambul, Esmirna o Salónica, donde han mantenido el judeoespañol hasta nuestros días. Cervantes en este texto utiliza la forma “Dio” que es la que tienen ellos para referirse al Creador, suprimiendo la ese final para dejar claro que ellos no tienen en su credo a la Trinidad y que Dios es uno. Miguel de Cervantes en esta escena muestra la presencia de un grupo étnico de origen hispánico, expulsado y que perseguía a los descendientes de los que se quedaron y seguían judaizando, y que, sin embargo gozaban de libertad y reconocimiento entre los turcos. Así termina la escena de los judíos donde se manifiesta el enfrentamiento entre los judíos y Madrigal:

JUDIO

¡Mueras de hambre, bárbaro insolente;
 el cotidiano pan te niegue el Dío;
 andes de puerta en puerta mendigando;
 échenle de la tierra como a gafo,
 agraz de nuestros ojos, espantajo
 de nuestras sinagogas asombro y miedo,
 de nuestras criaturas enemigo
 el mayor que tenemos en el mundo! (Cervantes, 1999, 1006)

Hay que tener en cuenta que para los cautivos españoles los sefardíes podían ser vistos como colaboradores de los otomanos que además contaban con relaciones con otras comunidades como las de Italia, el norte de África o Flandes, de donde procedía la banquera Gracia Mendes que recibió la protección de Solimán el Magnífico cuando tenía problemas con la Inquisición en Venecia y se estableció en Estambul en 1553.

Lo cierto es que la información fluía de un lado a otro, no solo a través de los diplomáticos, los mercaderes o de los espías sino también a través de los llamados “avisos de levante”. Se trata de toda una serie de textos más o menos breves donde predomina todo lo que tiene que ver con el ejército con datos, algunos de ellos muy precisos, sobre los movimientos de la flota otomana, número de galeras en determinado puerto, armamento y munición, guarnición de las fortalezas y castillos, estado moral de las tropas, etc; junto con otro tipo de avisos de carácter político con nuevas sobre las relaciones diplomáticas de la corte de Solimán con el Papa, el Dux de Venecia o, el más peligroso de todos: Francisco I de Francia. Como dice José María del Moral: “Es sorprendente cómo la red de agentes napolitanos se extendía en todas las direcciones de Francia a Hungría y de Alemania a Berbería” (78).

La llegada al trono de Felipe II en 1555 supone una continuación de la política de su padre contra Francia, la Reforma y los turcos, aunque, al no ser reconocido como Emperador de Alemania, se abandona el frente centroeuropeo para concentrarse en el Mediterráneo. Así, tras poner fin a la contienda con Francia en 1559, una serie de pactos con el Papa, Génova y Venecia hacen que se forme la Santa Liga que, al mando de su hermanastro Don Juan de Austria, acabó con la flota otomana en Lepanto el 7 de octubre de 1571. Según los cálculos más prudentes, los turcos tuvieron 25.000 hombres muertos, 500 prisioneros y 12.000 cautivos encadenados al remo recobraron la libertad. Las pérdidas de los aliados no llegaron a 8.000 hombres; de ellos 2.000 españoles, 800 romanos y los demás venecianos, lo cual se explica por la superioridad de los cristianos en las armas de fuego y por el exclusivo uso que de ellas hacían sin servirse de arcos ni de flechas. La armada otomana estaba destruida: de 250 galeras que habían tomado parte en la acción, solamente 32 lograron escaparse; 130 fueron capturadas y repartidas entre los vencedores, y las demás echadas a pique o quemadas. Los aliados sólo perdieron quince galeras, aunque serían en mayor número las que sufrieron grandes averías. A bordo de las naves turcas se halló un inmenso botín de oro, joyas y brocado, y se contaba que la galera capitana contenía la considerable suma de 70.000 cequíes de oro.

La victoria de Lepanto levantó la moral de los españoles, cuyos ejércitos se habían llevado la peor parte en la mayoría de los enfrentamientos contra los otomanos. Cuando llegan los trofeos de Lepanto, pudieron admirar el estandarte de Alí bajá, bordado en letras de oro, cuyo significado fue traducido y expuesto a Felipe II, así como sus vestidos, un farol de la galera capitana otomana, armas, armaduras y otros objetos

exóticos y de lujo que se exhibieron como demostración del poderío español. Muchos de estos objetos se distribuyeron por la península Ibérica.

Sin embargo, tres años más tarde de la gesta de la Santa Liga, los turcos se habían recuperado y logrado la cesión de la isla de Chipre por parte de Venecia, que no dudó en volver a hacer las paces con la Sublime Puerta para disgusto del Papa y del Emperador. Tal y como se mantiene en la tradición turca Lepanto fue como si les cortaran la barba, la cual vuelve a crecer más fuerte; pero Chipre fue como la amputación de un brazo que eso sí que no vuelve a crecer (Inalcik 11-22).

La batalla de Lepanto tuvo un gran impacto en la sociedad española e italiana. En este contexto, la Iglesia instituyó la fiesta del Santo Rosario el mismo día de la victoria, el 7 de octubre, atribuyendo el éxito de la Santa Liga a un milagro de esta práctica religiosa, y añadió a la letra de su letanía el *Auxilium Christianorum*. Tiziano, al final de sus días y casi ciego, cogió de nuevo sus pinceles para consagrarse a su última obra y son muchos los tapices que muestran al turco derrotado en Lepanto. La contienda produjo también sus frutos literarios. Torcuato Tasso compuso la *Jerusalén liberada*, en una clara referencia a la Santa Liga como continuación del espíritu de cruzada, Rufo Gutiérrez, poeta cordobés dedicó al triunfo de Lepanto el poema *La Austríada* y Herrera compuso la más hermosa de sus canciones y una oda a D. Juan de Austria (López de Toro). En el teatro los turcos aparecen en numerosos autos sacramentales de Pedro Calderón de la Barca o en comedias de Lope de Vega que mostró entre 1588 y 1611 una atención especial sobre el asunto del saqueo de pueblos cristianos por corsarios otomanos *El Grao de Valencia*, *La pobreza estimada*, *La Santa Liga*, *Los esclavos libres*, *La doncella Teodor* y otros.

Donde literatura y realidad se juntan es en la obra de Miguel de Cervantes, uno de los participantes de la batalla de Lepanto y que, a pesar de ser herido en el brazo, posteriormente acompañó a Don Juan de Austria en la toma de Túnez (Fernández Lanza, 165-186). Si bien Miguel de Cervantes no escribió sobre sus experiencias en tales combates, sí lo hacen sus personales como se puede ver en el Quijote:

Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada [7 de Octubre de 1571] ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos. Y aquél día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y la soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo -porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron- yo sólo fui el desdichado, pues, en cambio de lo que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió a tan famoso día con cadenas a los pies y esposas en las mano. (1981, 455-456)

Poco después de Lepanto la situación geopolítica cambió y la llamada del Papa a favor de la unidad de los cristianos queda sin respuesta en naciones como Francia, Polonia o Portugal que ven cómo la monarquía hispánica se fortalece y Felipe II se podía convertir en el árbitro de Europa. En este contexto, Don Juan de Austria volvió a la península y Miguel de Cervantes decidió poner fin a su carrera militar y regresar a casa con tal mala fortuna de que la nave en la que retornaba fue capturada y los turcos encontraron entre sus pertenencias cartas de recomendación firmadas por importantes personalidades de la corte. De esta manera se convertía en un rico botín y tuvo que pasar cinco años en Argel hasta que se reunió la suma convenida. Su estancia en el norte

de África y su conocimiento de la realidad otomana es frecuente en su obra donde turcos, renegados, moriscos y cautivos aparecerán en comedias como *La gran sultana*, *Los tratos de Argel*, *Los baños de Argel* y en novelas como *Los trabajos de Persiles y Segismunda* o *El Quijote*. Esta última obra contiene la narración de un cautivo de León, un renegado de Murcia y una mora, Zaida, que enamorada del cristiano leonés terminará abjurando de su fe musulmana.

La literatura española del siglo de Oro es la única que incorpora a los turcos y al Imperio Otomano tanto en autores de primera línea como en otros que, a pesar de no haber pasado a la posteridad, sus textos merecen ser tenidos en cuenta (Mas, 1967 y Teijeiro, 1988). Este es el caso de Diego Galán un español que estuvo presente en Argel, Estambul y los Balcanes a finales del siglo XVI y principios del XVII, es decir, en el momento en que Miguel de Cervantes escribió *La gran sultana*. Diego Galán, según su testimonio, nació hacia 1575 y a la edad de trece-catorce años se embarcó en Málaga con destino Orán donde fue hecho prisionero y vendido en Argel (49-50). Su dueño, Heder bajá, gobernador de Argel, se lo lleva en su séquito de vuelta a Estambul en la primavera de 1591. Allí será vendido a Mamí Napolitano y alternará el servicio a su amo con el remo en una galera otomana.

Cuando Diego Galán llega a Estambul hacía un siglo y medio que estaba en poder de los turcos. Durante este tiempo habían desaparecido numerosos edificios bizantinos y algunas iglesias fueron convertidas en mezquitas. Los nuevos dueños de la urbe transformaron en cal las estatuas de mármol y con las de bronce fabricaron cañones o acuñaron monedas (Ebersolt, 90) De las calles rectas con casas de piedra con columnas y estatuas, propias de las urbes clásicas, habían pasado a las casas de madera y a un trazado laberíntico de calles estrechas y tortuosas (Ebersolt, 113). A pesar de todo esto el siglo XVI corresponde con la edad de oro de la ciudad otomana y es en este momento cuando se construyen las principales mezquitas imperiales gracias a Solimán el Magnífico y su arquitecto Sinan que llevó a su cúspide el arte otomano.

Si bien no se han conservado censos del Imperio Otomano, documentos turcos de los años 1520-30 estiman que en Estambul tenía una población de 400.000 habitantes de los cuales 58% eran musulmanes, y el resto cristianos o judíos. A mediados de 1550, el médico de Sinan Bajá, afirmaba que la población oscilaba entre 410.000 y 520.000 con un porcentaje similar. A finales del siglo XVI Estambul tenía unos 700.000 habitantes, lo que la convertía en una de las más pobladas de Europa; era la capital de uno de los mayores imperios del mundo cuyos territorios se extendían por tres continentes, uno de los centros comerciales y de consumo más importantes del mundo (Mantran 1994, 63-64).

Los cristianos de Estambul en el testimonio de Diego Galán son los cautivos, los griegos o los armenios, además de los representantes de las naciones que habían pactado con los turcos y los religiosos europeos. Durante el Imperio Otomano los grupos confesionales estaban agrupados según el sistema de *millet* o nación. Los griegos formaban el *rum millet* que en un principio agrupaba a los diferentes grupos cristianos presentes en el imperio. Cada *millet* tenía un cierto autogobierno aunque estaba sujeto al poder central, tal y como lo expone Diego Galán “Los griegos y turcos están mezclados, aunque los turcos, como señores, administran justicia, con que los tienen muy sujetos.” (2001, 126)

A los cautivos cristianos se les permitía mantener su fe y practicarla. El barrio de Pera-Gálata, poblado inicialmente por genoveses y venecianos, tenía varios conventos católicos cuyos sacerdotes, franceses o italianos, visitaban a los cautivos. Mamí Napolitano, aunque había adoptado el Islam, era bastante permisivo con los cristianos, como relata Diego Galán: “En el baño permitía el amo queuviésemos altar en que se

dijese misa por darnos gusto, y como no teníamos ningún sacerdote cautivo como en la casa del primer amo, íbamos a San Francisco y pedíamos a un fraile que nos fuese a decir misa, llevándole acompañado de un jenízaro porque no le maltratasen por la calle. Esto se hacía en algunas fiestas y la pascua de Navidad en esta forma.” (126)

Si bien hay una abundante información sobre la situación de los cautivos hombres y sus procesos de conversión, no sucede lo mismo con las mujeres, como el caso de la protagonista de este artículo: Catalina de Oviedo. Bartolomé y Lucile Bennassar han estudiado los procesos del Santo Oficio de aquellas que, tras haber sido apresadas y pasar un periodo de tiempo en el Imperio Otomano, volvieron a España o Italia. Estos procesos representan tan solo el 3,8% de los existentes. Lógicamente las mujeres viajaba por mar menos que los hombres, no hacían la guerra a bordo de las galeras y, por regla general, una vez establecidas y con descendencia no mostraron demasiado interés de retornar a su patria, como pasa con Catalina de Oviedo una vez se queda embarazada del sultán. Los Bennassar analizan el caso de 59 mujeres raptadas en el Mediterráneo entre 1522 y 1614 y que vuelven con intención de morir como cristianas. Por regla general las cautivas eran vendidas como esclavas, se unían a sus amos y, si se islamizaban, adquirirían el estatus de esposa. En muchos casos los maridos también habían tenido el mismo proceso, habían sido cautivados y se habían convertido al Islam, por lo que se entiende su falta de deseo por volver a la tierra de donde procedían, una vez integrados en la sociedad otomana. Por regla general en los procesos de la Inquisición afirmaban que la conversión fue ficticia y que no habían renegado de la fe cristiana. Los turcos no les obligan a cambiar de religión, algunas lo hicieron a los pocos días de entrar en el harem y otras tras dieciocho años. El proceso psicológico de adopción de la nueva fe tampoco es homogéneo, cambia dependiendo de la edad con que fueron cautivadas de manera que aquellas que entraron en contacto con el Islam a muy temprana edad, tuvieron una influencia mucho mayor que las que lo hicieron siendo adolescentes. El caso que más quebraderos dio al Santo Oficio fue el de Jazmina, una veneciana cautivada a la edad de diez años que se presentó al tribunal de la Inquisición setenta años después, negándose a volver a la fe del Evangelio, empeñada en vivir y morir como ”turca”. Finalmente fue “reconciliada” y devuelta a su señor, el virrey de Sicilia aunque quién puede saber el proceso psicológico que tuvo y lo que en realidad sentía (327-248)

Tampoco tenemos demasiada información sobre las cristianas en el harén imperial en el siglo XVI donde, si bien a los cautivos cristianos se les permitiera el contacto con sacerdotes y asistir a prácticas religiosas, es poco probable que esto sucediera dentro del muros del serrallo, por lo que aquellas que se mantuvieron fieles al cristianismo lo harían dentro del ámbito de lo personal.

La relación del cautiverio y libertad de Diego Galán es un texto donde el narrador es el único personaje presente del principio al final de la obra. Su punto de vista es el único que hay, los personajes secundarios son escasos y sus voces apenas participan en la narración. A pesar de todo existen algunos personajes secundarios en el texto de gran importancia como Sinan Cigala o el sultán. El sultán residía en Estambul y Diego Galán tuvo ocasión de verlo en varias ocasiones. A su llegada estaba en el trono Murat III, el Amurates de Catalina de Oviedo. Fue precisamente en esta época cuando produce un importante cambio en la monarquía otomana: el soberano deja de interesarse por los asuntos de gobiernos y serán los visires y, sobre todo, las favoritas y las sultanas madres las que tomen las riendas del poder (Mantran, 1989, 156).

Murat III era nieto de Solimán el magnífico y había nacido en la provincia de Manisa en 1546 y ascendido al trono en 1574, pocos años más tarde de la batalla de Lepanto. La guerra con Irán entre 1578 y 1585 y ciertas conquistas no demasiado

duraderas en el Caúcaso como la conquista de Tbilisi y Marruecos marcan su sultanato. Este monarca logró ampliar las fronteras del Imperio Otomano en el este y es en ese momento cuando persas y españoles se sienten amenazados por el mismo enemigo, especialmente después de 1580 en que se unen las coronas de España y Portugal, que contaba con fortificaciones en el mar Rojo y el Golfo Pérsico, abriéndose un nuevo frente en el conflicto hispano-otomano, al tener que defender las posiciones portuguesas y españolas en la ruta al Pacífico, ya que la expansión otomana amenazaba también la costa del mar Rojo, el Golfo Pérsico y la costa de Irán (Gil,93-108).

Por todo ello se entiende que en *La gran sultana*, escrita en 1615, uno de los personajes sea el embajador de Persia, ya que Abbas I había enviado a Valladolid a Husayin Ali Beg en 1601 y en 1611 a Dengiz Bey. No solo compartían enemigo sino que en la corona española le interesaba mucho tener buenas relaciones con los iraníes ya que los barcos españoles y portugueses¹ tenían que pasar por el Golfo Pérsico para llegar a las posesiones en la región del Asia-Pacífico, por lo que también fueron frecuentes el envío de misiones diplomáticas a Irán (Gil, 153-157). Como antes expuse, el contexto histórico están bien presentes en *La gran sultana* que incluye una audiencia de Murat III embajador de Abbás I donde se trata de la paz y de la relación con España:

BAJÁ 1

[...] Su [la de Abbás I] mendiguez sabemos y sus mañas,
 por quien con él de nuevo me enemisto,
 viendo que el grande rey de las Españas
 muchos persianos en su corte ha visto.
 Estas son de tu dueño las hazañas;
 pedir favor a quien adora en Cristo;
 y como ve que el ayudarle niega,
 por paz cobarde en ruego humilde ruega.

EMBJA.

Aquella majestad que tiene al mundo
 admirado y suspenso; el verdadero
 retrato de Filoso, aquel Segundo,
 que sólo pudo darse a sí tercero;
 aquel cuyo valor alto y profundo
 no es posible alabarle como quiero;
 aquel, en fin, que el sol en su camino,
 mirando va sus reinos de continuo;
 llevando en el vuelo su buena fama
 su nombre y su virtud a los oídos
 del soldán, mi señor, así le inflama
 el deseo de verle los sentidos,
 que a mí me insiste, solicita y llama
 y manda que pro pasos no entendidos
 por mares y por reinos diferentes
 vaya a ver al gran rey. (1999, 1011-1012)

¹ Portugal estaba presente en Oman, Bahrein y Ormuz desde principios del siglo XVI, con una serie de fortalezas que garantizaban la navegación de cabotaje (Dias).

Como era de esperar esta loa a la monarquía hispánica, que muy posiblemente haría las delicias de los espectadores españoles, no hizo ninguna gracia al sultán y su corte que, tras dudar entre matarlo o no, deciden echarlo a empujones de la escena. Volviendo al sultán, Murat III en el momento de la batalla de Lepanto y el cautiverio de Cervantes tenía entre veinte y treinta años, lo cual coincide con la descripción en el texto:

ROBERTO

Por cierto, él es mancebo de buen talle
Y que, de gravedad y bizarría,
La fama con razón puede loalle. (1999, 1002)

Aunque los sultanes permanecían en sus palacios, los viernes se mostraban en público en una ceremonia conocida como el *selamlık*, un momento que es aprovechado por los viajeros y observadores para verlos y describirlos en sus libros, convirtiéndose en un tópico que también aparece en *La gran sultana*. En estas circunstancias Murat III iba los viernes a rezar a Santa Sofía, descrita como un templo que en grandeza excede a todos los que había en Turquía. Hay que tener en cuenta el valor icónico de Santa Sofía, ya que para los cautivos como el anteriormente mencionado Diego Galán representaba a una iglesia prisionera en manos de los turcos.

La segunda vez que entré [en Santa Sofía] en compañía de los hijos de mi amo llegaron a mí dos sacerdotes de su seta, y dijo el uno:

-¿Qué hace aquí este yauren? – en lugar de decir cristiano porque ellos no nos nombran cristianos sino yauren, que es lo mismo que decir herejes. Dije yo:
-No vengo a ver vuestro templo, sino el mío que antes fue de cristianos. (Galán, 84)

Miguel de Cervantes que aunque no parece que estuvo en Estambul, conoció el cautiverio y, con toda probabilidad, muchos testimonios de aquellos que habían visto al sultán y su corte. El *selamlık* era una forma de realizar una puesta en escena del poderío de la dinastía otomana en un momento de expansión, por lo que si bien, por necesidades técnicas no se incluye en *La gran sultana*, sí hay una referencia:

SALEC ¿Qué te parece Roberto,
de la pompa y majestad
que aquí se te ha descubierto?
ROBERTO Que no creo a la verdad,
y pongo duda en lo cierto.
SALEC De a pie y a caballo van
seis mil soldados.
ROBERTO Sí, irán.
SALEC No hay dudar que seis mil son.
ROBERTO Juntamente, admiración
y gusto y asombro dan.
SALEC Cuando sale a la zalá
sale con este decoro;
y es el día del xuma,
que así al viernes llama el moro.(1999, 1002)

Diego Galán tiene un interesante documento sobre la vida en Estambul en 1591, cuando Murat III llevaba casi veinte años reinando y tuvo numerosas ocasiones de verlo en el *selamlık* que describe en el capítulo XV (Martín Asuero, 2007, 147-170).. Así, gobernadores, militares, religiosos preceden al sultán que aparece al final de un cortejo marcado por el lujo en las indumentarias, el despliegue militar y el de las reliquias islámicas expuestas, como la del estandarte del profeta. El retrato textual del soberano se enmarca en este contexto, al ser tanto sultán como califa. Murat III se mostraba de esta manera a su pueblo según el cautivo toledano:

El Gran Turco era hombre de buen rostro blanco y colorado, vestido de brocado de maravillosos colores con un gran turbante que parecía de nieve, y en él tres manojitos de plumas negras muy bajas, la barba larga y peinada como la usan allí la gente grave y de república, porque todos los soldados y la gente moza la usan rapada con sólo el mostacho. Al tiempo que pasaba el Gran Turco toda la gente bajaban las cabezas hasta el suelo en lugar de cortesía, dando voces como siempre, diciendo: “Señor poderoso, cada día se vuelva en mil, y Dios te dé victoria contra los cristianos.” Y luego alzaban las cabezas y le miraban, y él en señal de agradecimiento hacía una señal de cortesía bajando la cabeza en general muy escasamente. (Galán, 2001, 91)

En el capítulo XIV Diego Galán trata de las salidas del Sultán por mar a cazar a los bosques circundantes o simplemente a pasear por el Bósforo o por sus jardines. El sultán se deslizaba a bordo del caique imperial compuesto de, entre otros, quince remos llevados cada uno por dos personas, dos eunucos y un timonel. Al igual que en el *selamlık* es saludado por las multitudes que le gritaban “Dios te dé victoria contra los cristianos” (89) y les contestaba con una leve inclinación de cabeza.

Murat III falleció el 16 de enero de 1595, le sucede Mehmed III. Una de las primeras medidas que Diego Galán nos cuenta que tomó este nuevo soberano fue el exterminio de sus diez y nueve hermanos. Hasta finales del siglo XVI el heredero al trono vivía fuera de la capital. El resto de sus hermanos varones permanecían en Estambul al lado de su padre, tal y como lo cuenta Diego Galán: “A vueltas de nuestra pascua de Navidad del año de mil y quinientos y noventa y cinco murió el Gran Turco Soltán Morat y heredó el imperio Soltán Mahamet, su hijo mayor, que estaba apartado en un lugar en el Asia que se llama Borsa, a donde siempre asiste el primogénito que ha de suceder en el imperio. Y los demás los tiene su padre consigo hasta que él muere y el mayor viene a reinar y hace dar la muerte a todos los demás” (111) Este habría sido el trágico destino de los hijos varones de Catalina de Oviedo, solo se salvaban el heredero y las hijas, a las que posteriormente me referiré.

El papel de las mujeres en la corte otomana evoluciona desde los primeros años del sultanato en que, al igual que otros señores feudales, emparentaban con las dinastías vecinas. El primero que lo hizo fue el segundo sultán otomano, Orhan, que invitado a la boda de la hija del señor de Yarhisar y el hijo del señor de Bitinia, ambos cristianos dependientes de Bizancio, les advirtieron que les iban a tender una emboscada. Los otomanos se enfurecieron y conquistaron Yarhisar, hicieron prisionera a la novia, Holophira, a quien cambiaron de nombre por el de Nilüfer y la casaron con Orhan (Sakaoglu, vol II, 369)². No fue la única esposa cristiana de Orhan quien también contrajo matrimonio con Teodora Cantacuceno, hija del emperador bizantino Juan IV,

² Ibn Batuta conoció a Nilüfer en su visita a Anatolia en 1335 cuando fue recibido en la corte otomana de Bursa.

la cual no llegó a convertirse al Islam. A Orhan le sucede Murar I, hijo de Holophoria- Nilüfer, el cual se desposó con la hija de un príncipe musulmán de Anatonía y con Kara Tamara, hija del emperador de Bulgaria. Las alianzas con los reinos cristianos y musulmanes se mantienen con el cuarto sultán, Beyazit I, que tuvo tres mujeres: Devlet hatun, hija de Süleyman Sah, de la dinastía Germiyan de Anatolia; Hafsa Hatun, princesa selyuquí, y Despina Hatun-Mileva Olivera Lazarević, la hija del príncipe de Serbia, cuyo matrimonio tuvo lugar tras la batalla de Kosovo de 1389 con la intención de crear una alianza con los Lazarević. Se puede afirmar que en la corte otomana las mujeres de los sultanes tenían un cierto prestigio y podían mantener su fe. Este es el caso de Mara Despina, cuyos padres fueron la princesa bizantina Irene Conmeno y el déspota de Serbia Jorge Branković que en 1453, al ver el avance de los turcos por los Balcanes, concertó el matrimonio de su hija con Murat II. Mara se encaminó Edirne³, la capital otomana, en compañía de dos hermanos, una gran suma de dinero y el ajuar. Los esponsales duraron varios días. Murat que ya estaba casado con una mujer de la familia de los İsfendiyağlı, se prendó de la serbia y la colmó de atenciones. Tras la muerte de este sultán en 1451 Mara se convirtió en sultana madre, al acceder al trono Mehmet II y, aunque no era su madre biológica, éste la consideraba como su madre adoptiva. Más adelante, al quedarse viuda con poco más de treinta años no le faltaron pretendientes, uno de ellos el emperador de Bizancio, a quien rechazó y terminó por volver a la corte de su padre en Serbia. Sin embargo, en 1457 logró escaparse y huyó a Estambul para ejercer de sultana madre con Fatih Sultan Mehmet, en la nueva capital del imperio. Mara ejerció una gran influencia en su hijo e intervino en asuntos relacionados con la iglesia ortodoxa, nunca se convirtió al Islam, es más, mandó construir una capilla en palacio atendida por religiosos, gracias a la excelente relación que tuvo con el patriarca ortodoxo. Tras la muerte de Mehmet II, se trasladó a sus dominios en Macedonia, donde falleció en 1487 y fue enterrada en el monasterio de Nuestra Señora de İkosifinise Koscini (Sakaoğlu, vol II, 76).

Una vez los otomanos se asientan en Estambul, dejan de concertar matrimonios con las demás casas reales, considerando que ninguna dinastía era digna de emparentar con ellos. A partir de este momento las mujeres que entran en el harem serán de origen cautivo, algunas como botín del corso, como Catalina de Oviedo, y otras a través del sistema del *devşirme*, por el que se apresaban a adolescentes en las provincias del imperio. Los chicos pasaban al cuerpo de los jenízaros y las chicas al harén. A diferencia de lo que pasaba en Europa Occidental, el Imperio Otomano se caracterizaba por ser una meritocracia y miembros del campesinado podían a través de este sistema ascender en la sociedad llegando a ser gran visir o sultana madre. Este es el caso de la abuela del Amoras de *La gran sultana*, Hürren Sultana, también conocida como Roxelana, nacida a principios del siglo XVI, posiblemente al norte del mar Negro, hija de un pope y vendida al gineceo del príncipe heredero otomano que no era otro que Solimán el que se llamaría el magnífico. Un año más tarde de acceder al trono la hizo favorita y tuvieron una hija, Mihrimah y tres hijos varones, entre los cuales el que sucedió a su padre: Selim III. Roxalana consiguió que se realizara el matrimonio entre ella y el sultán, de manera que los embajadores extranjeros se referían a ella como “la reina”. Se trata de una persona que, a pesar de vivir confinada en el harem, logro tener mucho poder político, especialmente durante las ausencias de su marido. La muerte de la sultana madre al año del llegar Solimán al trono le facilitó esa tarea, poco después

³ La primera capital otomana fue Bursa posteriormente lo fue Edirne, la antigua Adrianópolis, que encuentra al este de la actual Turquía muy cerca de la frontera con Bulgaria y con Grecia, hasta la conquista de Constantinopla.

consiguió alejar a la favorita que le precedió y acabar con su hijo para asegurar la sucesión de su linaje (Sakaoğlu, vol I, 571-572). El matrimonio de su hija Mihrimah con Rustem Bajá, un croata apresado por el sistema de *devşirme* en los Balcanes que había logrado llegar a ser gran visir le permitió influir y tomar parte en muchas decisiones políticas. La hija de Roxalana también tuvo un papel activo en la sociedad otomana durante el reinado de su padre y de su hermano, especialmente en la filantropía, mandando construir dos mezquitas en Estambul dotadas de baños y madrasas, obra del arquitecto Sinan que perpetúan su nombre (Bates, 251-252). Murat III, que había nacido en 1540, conoció a su abuela, fallecida en 1558 y a su tía que lo hace en 1578, un momento en que Miguel de Cervantes estaba cautivo en Argel y, muy posiblemente, tuvo noticias de la presencia de mujeres cercanas al sultán que no se limitaban a tener un papel pasivo en el interior de los palacios.

El matrimonio de las hijas de los sultanes con funcionarios otomanos de las más altas esferas era una forma de garantizarles una buena posición económica y social, al estar excluidas, ellas y sus descendientes, de los derechos de sucesión, aunque cada vez que se casaban recibían una dote. Por regla general las sultanas se casaban muy jóvenes y no solían acompañar a sus maridos en sus puestos de destino fuera de Estambul, algunos de ellos en el ejército. En estas condiciones a lo largo de su vida enviudaban varias veces y podían acumular una considerable fortuna, entre el patrimonio del marido y las dotes recibidas. Un ejemplo de ello lo tenemos en el testamento de Ayşe sultana, la hija de Murat III y Safiye, lo cual nos sirve para tener una idea de lo que hubiera podido pasar si Catalina de Oviedo hubiera tenido una hija como Ayşe la cual se casó con Kanijeli Ibrahim bajá, muerto en combate en 1586, posteriormente con Güzelce Mahmut bajá, que falleció en 1604. De sus posesiones, legó para obras de caridad veinticinco habitaciones, un barco, dos posadas, un terreno, dos tiendas y una huerta en Estambul; cuatro molinos en Rumelia, una granja en Chipre, 20.000 ovejas, 250 tiendas en Bolu, tres pueblos en Egipto, dos posadas en Damasco y sesenta tiendas y un café en Hama. Todo esto sirvió para la construcción y mantenimiento de una madrasa y de una casa para profesores; también hizo construir una fuente en la tumba de su primer marido. Ella, por su parte, prefirió ser enterrada al lado de su padre, *noblesse oblige* (Duran, 30).

Del origen de la madre de Murat III, Nurbanu Sultana, no se sabe con certeza si era italiana o judía. Nurbanu entró en el harén del príncipe heredero, Selim en Manisa y cuando este accede al trono en 1566 se trasladan a Estambul donde ostentará el rango de primera esposa hasta la muerte de Selim en 1574. La mala relación que tuvo con Safiye Sultana, la favorita de Amurates, hizo que su hijo la enviara al palacio antiguo, ya que en este momento habían construido el palacio de Topkapı, quedando en lo que hoy en día es la Universidad de Estambul, junto al Gan Bazar, el palacio antiguo donde trasladaban a las mujeres de los harenes de los sultanes difuntos. Nurbanu Sultan dedicó grandes cantidades de dinero a la filantropía, construyendo una mezquita en Üsküdar en 1583, obra de Mimar Sinan, que además tenía un baño público, un caravansar, un hospital y un lugar de encuentro de cofradías religiosas. Nurbanu y su sucesora Safiye contaron con el apoyo de Esther Kyra, una judía de Estambul que había empezado a hacer negocios con Roxalana y vendía joyas y otros objetos de lujo en el serrallo, a la vez que ejercía de agente económico de las sultanas con el mundo exterior. A la muerte de Nurbanu organizaron un gran funeral donde participaron las personalidades religiosas de la corte y su hijo, Murat III, acompañó al acortejo fúnebre hasta el patio de Santa Sofía, donde está enterrada al lado de su marido, Selim II (Sakaoğlu, vol II, 373-374).

Murat III tuvo una esposa favorita, Safiye Sultana, que bien podría corresponder a la fuente de inspiración de Miguel de Cervantes para la creación del personaje de Catalina de Oviedo en *La gran sultana*. Safiye Sultana había nacido a mediados del siglo XVI, posiblemente en Venecia, de donde era originaria su familia. Su padre, Leonardo Baffo, era gobernador de la isla de Corfú y, en un viaje por el Adriático entre dicha isla y la ciudad de los canales, fue capturada por corsarios turcos y pasó a ser propiedad de Ferhat Bajá que en 1563 informó de la belleza e inteligencia de la veneciana a la corte, siendo adquirida para el gineceo del príncipe heredero. Esta historia no es muy diferente de la de Catalina de Oviedo. Cuando tenía cuatro años su padre se trasladó con la familia de Málaga a Orán, siendo apresados en el mar por Morato Arráez, quien vendió a Catalina en Tetuán a un moro rico y famoso de nombre Alí Izquierdo. El padre terminó en Argel y, como era de edad avanzada, no lo pusieron a remar y la madre murió de pena. Cuatro años más tarde Morato volvió a Tetuán e, impresionado por la belleza de la niña, la compró pagando cuatro veces su valor. El corsario regresó a Estambul el año de 1600⁴ y se la enseñó al sultán que se prendó de ella (1999, 1023-1024).

Volviendo a la veneciana el 16 de mayo de 1566, da a luz a un hijo varón adquiriendo el rango de *haseki* o favorita. Años después, con la ascensión al trono de Murat III en 1574 adquiere el rango de *başhaseki* o primera favorita y, tras la muerte de la sultana madre, Nurbanu, en 1583, se convierte en la mujer más poderosa en el palacio de Topkapı. Al igual que sus predecesoras Safiye tuvo una importante actividad económica a través de su agente comercial, Esther Kyra, y diplomática con Venecia, la familia de los Medicis en Florencia o la reina Isabel I de Inglaterra, con la que intercambió regalos. Tras la muerte de Murat III en 1595 logró mantenerse en el poder como sultana madre de Mehmet III, hasta el fallecimiento de este en 1603 en que llega al trono su nieto Ahmet III quien la saca de Topkapı y la envía al palacio antiguo, donde fallece en 1605 (Sakaoğlu, vol II, 483-484).

La figura de esta veneciana apresada por los corsarios turcos pero que durante casi cuarenta años tuvo una enorme influencia en la monarquía otomana no pasaría desapercibida para Miguel de Cervantes, al ser coetáneos y conocer el escritor español de primera mano la situación de los cautivos. Así, *La gran sultana*, termina con una Catalina de Oviedo embarazada de varios meses de Murat III, un destino que bien podría haber sido el de la cautiva veneciana, lo cual, paradójicamente, suponía una ascensión social impensable en la corte española, donde los matrimonios se realizaban con familias reales para crear alianzas.

Miguel de Cervantes logra en *La gran sultana* el retrato de una sociedad donde una esclava podía llegar a lo más alto sin renunciar a su identidad religiosa. Este hecho no se corresponde del todo con la realidad histórica, ya para que ser reconocida como esposa de un sultán tenía que abrazar el Islam, aunque, también es cierto que se podría entender como una licencia literaria. Hay que tener en cuenta que esta obra de teatro estaba dirigida al público español y, en el caso de que la asturiana hubiera hecho apostasía como lo hizo la veneciana, Cervantes hubiera podido tener problemas con la Inquisición. *La gran sultana* acaba con el reconocimiento de la corte otomana de la asturiana que logran mantener su identidad religiosa, su nombre, rechazando el de Zoraida, y seguir vistiéndose como cristiana. Así, el éxito de una cautiva española en el corazón de un sultán turco puede ser entendido como el triunfo de las ideas de la

⁴ En 1600 ya no estaba en el trono Murat III, había fallecido cinco años atrás. Para el público español no creo que fuera demasiado importante este error histórico. *La gran sultana* es una obra de teatro destinada a entretener, no un libro de historia.

modernidad, donde los sentimientos y la inteligencia pueden ser más fuertes que el lugar del nacimiento, la clase social o la confesión; permitiendo ser felices a esta pareja, como tal vez lo fueran Murat y Safiye.

RUSTÁN:

Alzad la voz, muchachos; viva a voces
la gran sultana doña Catalina,
gran sultana y cristiana, gloria y honra
de sus pequeños y cristianos años,
honor de su nación y de su patria,
a quien Dios de tal modo sus deseos
encamine, por justos y por santos,
que de su libertar y su memoria
se haga nueva y verdadera historia. (1999,1030)

Obras citadas

- Bates, Ülkü. "Women as Patrons of Architecture in Turkey". En Beck, Lois y Keddie, Nikki eds. *Women in the Muslim World*. Harvard University Press, 1978. 247-262.
- Bennassar, Bartolomé y Lucile. *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*. Madrid: Nerea, 1989.
- Cervantes, Miguel de *Don Quijote de la Mancha*, 2 vol. John Jay Allen ed. Madrid: Cátedra, 1981.
- *Obras completas*, Florencio García Sevilla ed. Madrid: Castalia, 1999.
- Dias, Pedro. *Arte de Portugal no mundo. África Oriental e Golfo Persico*. Lisboa: Editor Publico, 2008.
- Dünden Bugüne İstanbul Ansiklopedisi*. Estambul: Kültür Bakanlığı ve Tarih Vakfı, 1994.
- Duran, Tülây ed. *Tarihimizde vakıf kuran kadınlar hanım sultan vakfiyyeleri*. Estambul: Tarihi Araştırmalar ve Dokümantasyon Merkezleri Kurka ve Geliştirme Vakfı, 1990.
- Ebersolt, Jean. *Constantinople Byzantine et les Voyageurs du Levant*. París: Editions Ernest Leroux, 1918.
- Fernández Lanza, Fernando "Estancias italianas de Cervantes (1569-1575), el Mediterráneo en tiempos de Selim II y Felipe II." En Martín Asuero, Pablo; Yaycioğlu, Mukkader y Toledo Paulino eds. *Cervantes y el Mediterráneo Hispano-Otomano*. Estambul: Isis, 2006. 165-186.
- Galán, Diego de. *Relación del cautiverio y libertad de Diego Galán*. Bunes Ibarra, Miguel Ángel de ed. Diputación Provincial de Toledo, 2001. 93-108.
- Gil, Luis "El acercamiento diplomático a Persia de Felipe II." En Sanchez García, Encarnación, Martín Asuero, Pablo y Bernardini, Michele eds. *España y el Oriente islámico entre los siglo XV y XVI (Imperio Otomano, Persia y Asia central)*. Estambul: Isis, 2007.
- Inalcık, Halil. "El imperio Otomano y España en el Mediterráneo (1551-1571), Lepanto en los documentos otomanos." En Martín Asuero, Pablo; Yaycioğlu, Mukkader y Toledo Paulino eds. *Cervantes y el Mediterráneo Hispano-Otomano*. Estambul, Isis, 2006.
- Kumrular, Özlem. *El duelo entre Carlos V y Solimán el Magnífico (1520-1535)*. Estambul: Isis, 2005.
- López de Toro, José. *Los poetas de Lepanto*. Madrid: CSIC, 1950.
- Mantran, Robert dir. *Historie de l'Empire Ottoman*. Poitiers: Fayard, 1989.
- *Istanbul au siècle de Soliman le Magnifique*. París: Hachete, 1994. [1ª ed. 1965]
- Marcos Rivas, Javier y Carnicer García, Carlos. *Espionaje y traición en el reinado de Felipe II. La historia del vallisoletano Martín de Acuña*. Diputación de Valladolid, 2001.
- Martín Asuero, Pablo "El Estambul de Diego Galán." En Sanchez García, Encarnación, Martín Asuero, Pablo y Bernardini, Michele eds. *España y el Oriente islámico entre los siglo XV y XVI (Imperio Otomano, Persia y Asia central)*. Estambul: Isis, 2007. 147-160.
- "La lucha contra el turco, de los almogávares a Lepanto". Núñez Seixas, Xosé Manuel y Sevillano Calero, Francisco eds. *Los Enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010. 89-115.

- Martín Corrales, Eloy. *Comercio de Cataluña con el Mediterráneo musulmán [siglos XVI y XVII]. El comercio con los “enemigos de la fe”*. Barcelona: Bellaterra, 2001.
- Mas, Albert. *Les Turcs dans la Littérature Espagnole du Siècle d’Or*. París: CNRS, 1967.
- Moral, José María del. *El virrey de Nápoles Don Pedro de Toledo y la lucha contra el turco*. Madrid: CSIC, 1966.
- Sakaoğlu, Necdet. *Osmanlılar Ansiklopedisi*. Estambul: Yapi Kredi Yayınları, 2013.
- Sellés, Xavier “Carlos V, el primer cerco de Viena y su repercusión en la literatura española del Siglo de Oro” En Martín Asuero, Pablo ed. *España-Turquía, del enfrentamiento al análisis mutuo*. Estambul: Isis, 2003. 53-69.
- Sola, Emilio. *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*. Madrid: Tecnos, 1988.
- Sola, Emilio y Javier de la Peña, José. *Cervantes y la Berbería*. Madrid: F.C.E. 1995.
- Teijeiro Fuentes, Miguel Ángel. *Moros y turcos en la narrativa áurea*. Universidad de Extremadura, 1988.
- Toledo, Paulino. “La campaña de Argel de 1516: documentos sobre la importancia geoestratégica de Argel en el marco del enfrentamiento turco-español en el primer cuarto del siglo XVI.” En Martín Asuero, Pablo; Yaycioğlu, Mukkader y Toledo Paulino eds. *Cervantes y el Mediterráneo Hispano-Otomano*. Estambul: Isis, 2006. 23-64.